

# LA VENGANZA DEL PUEBLO

por  
JOSE SANTOS  
CONZALEZ VERA



J. S. GONZALEZ VERA nació en El Monte, en 1897. En sus escasas obras —*Vidas mínimas*, *Alhué* (de donde está tomado este trozo), *Cuando era muchacho*, *Eutrapelia*, *honesto recreación* y *Algunos*— predomina un cuidado estilo, sin concesión al gesto vulgar. Sus temas tocan y penetran la vida de los humildes. En *Alhué* refiere la existencia de un pueblo campesino, al cual pinta en rasgos breves, distanciado de aquello que contempla. En 1950 obtuvo el Premio Nacional de Literatura en reconocimiento a la fina calidad de su estilo.

M. A.

**E**L domingo era el día de la venganza. Un día azul que invitaba a irse por el camino del bosque, seguir el sendero ondulante de la montaña, o fundirse en el puro silencio del campo; pero, como era la hora tradicional de la venganza, el pueblo se apiñaba desde temprano frente al municipio.

Nunca se congregaba mayor número de personas. Los chiquillos corrían de una a otra punta de la calle. Los huasos alineaban sus caballos hasta la plaza, y las mujeres, todas las mujeres del pueblo, enmantadas e inmóviles, repasaban las cuentas de sus rosarios.

A una hora dada, se alzaba el grito unánime:

—¡Ya viene el carro!

Entonces se producía el gran silencio acostumbrado y anual.

Casi perdido en el camino aparecía un pequeño carro sin toldo, tirado por el asno del municipio. El tal asno era el personaje más desocupado de la aldea. Iba de una calle a otra comiendo hierba. No acasionaba gasto ni prestaba ningún servicio regular.

Para que el sacrificio se verificase protocolarmente, había que uncirlo desde el alba. Al principio se entregaba a una pateadura delirante; pero como romper las varas no era empresa fácil, optaba por echarse al suelo y quedar petrificado.

El gañán encargado de conducirlo, desde ese instante comenzaba a garrotearlo con la mayor constancia. Al mismo tiempo le gritaba las más candentes injurias.

—Si parece persona —decían las viejas de Alhué, mirando con insistencia al asno.

Creían, desde el fondo de sus corazones recelosos, que no era un simple animal de carne y hueso, sino un disfraz del Diablo.

En otra época, la maldad no estaba tan difundida. Satanás adoptaba la forma de un asno, y se iba a pacer en las plazas. Los niños se entusiasmaban viendo un asno tan bonito. Y, en cuanto le perdían el miedo, se turnaban para usarlo de corcel. Ocurría —¡el Diablo no esperaba sino eso!— que apenas tenía un niño sobre las ancas, empezaba a crecer..., y crecía y crecía hasta hacerse humo con su preciosa carga.

Las solteronas de Alhué confeccionaban un Judas con trapos y paja de arroz, y le vestían con prendas que ya nadie usaba. En la parte donde es natural tener la cara, poníanle una máscara o le indicaban el rostro con un hilo rojo. Así conseguían darle expresión de ebrio incorregible y de pícaro auténtico.

Ese año, cerca de las nueve, Judas fue instalado en el carro. Para que el pueblo le viese, atáronle la cintura con una cuerda, y cada puntá de ésta fue amarrada en las barandas.

Iba vestido como burgués de grabado: levitón, som-

brero de copa y cuello bajo. Su fisonomía, sin embargo, era jovial. De su mano derecha pendía un saquito de tela transparente. Cuando saltaba el carro, sonaban las monedas del saquito.

El vecindario, una mancha de viejas, avanzaba oprimido contra los flancos del carro. Seguía luego la chiquillería suelta y bulliciosa. Y cerrando la procesión venían unos cincuenta huasos, formidables en sus caballos alazanes, negros y tordillos. Sus mantas y bonetes coloreaban la calle.

Eran las mujeres quienes primero llegaban a la violencia. Las de más tímida índole mostraban el monigote a sus chicos y les ponían en antecedentes...:

—Ese sinvergüenza que va ahí, vendió al Señor. Lo entregó a los judíos para que lo matasen. Es un perverso...; pero ahora todo lo pagará por junto. La plata que lleva en el saquito es la que le dieron por el Señor... ¡Míralo!

Otras más vehementes tomábanse del carro para no quedar rezagadas y le dirigían injuriosísimos discursos. Los guainas le lanzaban piedras.

Cuando el carro se detuvo en la plaza, la gente se acomodó con jubiloso apresuramiento. Nadie quería perder un solo detalle.

Judas Iscariote, ya completamente maltrecho, fue bajado por dos peones y puesto en la horca. Mientras anudaban la cuerda a su cuello de trapo, el sacristán lo empapaba con parafina desde la cabeza a los pies.

Cuando las extremidades del monigote quedaron oscilando en el vacío, el mismo servidor del Señor les aplicó un fósforo. Primero desaparecieron las piernas. Después la llama se hincó en el vientre y fue calcinado trozo a trozo. Judas Iscariote, el triste y atribulado Judas, daba la sensación de estar atacado por una risa muda, apretada, invencible. Parecía no sospechar lo que en verdad estaba ocurriendo. Con su medio cuerpo se balanceaba como uno de tantos equilibristas. Cada vez hacía menos bulto. De pronto no se vio más que su cabeza, y luego la cuerda osciló sola...